



Scramble Suit

Abril 2011

No deja de sorprenderme la predilección del hombre por el absoluto en la forma de la figura mítica del mesías. Me intriga el autoengaño que gustamos propinarnos con ese cuento dulzón del paraíso en la forma de un orden, de un equilibrio, de una igualdad, de una paz. Me sorprende porque la realidad ha sido, es y parece que será otra. La única verdad que podríamos manifestar sería más bien la de la desigualdad social, la del desequilibrio como forma de vida social en términos de la especie. No debiera de sorprendernos tal aseveración, que salta a los ojos de todos. No es mi verdad, es la verdad del mundo (distorsionada a partir de mi particular significación). Parece entonces que el cuento del mesías es sólo eso, un cuento. Quizás se debería más bien predicar la maravilla de la desigualdad en términos de los mecanismos prodigiosos de permanencia de la especie que llamamos lo social.

El hombre ha perdido la brújula de su naturaleza. Irónica realidad que su búsqueda lo aleje cada vez más de la misma, de ese “estado primigenio”. Nuestra investidura artificial (llámese social) no obstante sigue los hilos de su contenido natural. Somos entonces el avatar de aquello que llamamos vida. Su envoltura cibernética. Quizás únicamente luchamos afanosamente por prolongar hasta el infinito nuestra mera existencia.

Entonces, el entendimiento de lo inminente, la muerte, nuestra muerte, nuestra muerte como especie¹, nos lleva a deformar la misma vida (como una percepción significada). Rellenamos así el vacío de la no-existencia, con el reflejo de sí mismo: el exceso, la abundancia. No podemos menos que dirigirnos teleológicamente hacia nuestra ausencia. Más camino recorrido implica mayor jerarquización, mayor complejidad armónicamente orquestada. No nos asustemos, la verdadera igualdad existe, se llama muerte.

El paraíso es la versión cándida que gustamos los hombres de contarnos unos a otros respecto de nuestro inminente destino: la ausencia ontológica.

Maravillosa resulta por tanto la mera existencia del hombre como ser social, como especie; como una más de las existencias probabilísticas infinitesimalmente efímeras del universo. Maravilloso que nos demos cuenta de ello; es decir, de la exclusividad de nuestra presencia.

¹ Lo cual irónicamente sólo se consigue mediante la comprensión *siempre imperfecta* de la muerte como individuo.